



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ¿Qué hay de nuevo en el Levante?

Por Vittorio DAN SEGRE  
SEC, Suiza

UNA DE LAS REGIONES DEL MUNDO en las que la paradoja de la paz y la guerra es más evidente es el Medio Oriente. Allí, la guerra crea continuamente situaciones de “paz fría” que favorecen la tensión. Encontrar una paz que no tenga como alternativa la guerra significaría romper un círculo vicioso más viejo que el de la guerra fría.

¿Es posible? Y, llegado el caso, ¿podría ofrecer un papel a Europa y a los que creen en la política de la cultura? He aquí las tres preguntas a las que intentaré responder.

Las generalizaciones son siempre reduccionistas y, a menudo, erróneas. Sin embargo, me parece correcto afirmar que si todos los Estados son, de alguna manera, casos particulares, únicos, hay algunos que son más particulares, más “únicos” que los otros. Este particularismo, esta unicidad, exige soluciones que escapan a los métodos diplomáticos, políticos o militares, clásicos.

El Estado de Israel y el Estado de Palestina, en formación, son casos muy particulares. Su unicidad, más que los peligros subsistentes en su disputa —que ha sido hasta el momento la menos sangrienta y cruel de este mortífero siglo— explica el extraordinario interés que acompaña todas sus acciones. Por ejemplo, el Consejo de Seguridad, que no tomó nunca posición en la guerra de ocho años entre Iraq e Irán, se ha reunido cuatro veces para discutir excavaciones arqueológicas en Jerusalén.

Evidentemente no ha sido a causa del peligro que estas excavaciones representaban para la paz del mundo. Ha sido a causa del simbolismo del conflicto judeo-árabe. En él se mezclan la *Realpolitik* con la metafísica, la historia con los mitos, los intereses territoriales y económicos con las pasiones religiosas, la realidad cotidiana con los sueños mesiánicos.

Las causas de estas conexiones son múltiples.

Israel y Palestina son entidades políticas emergentes en el “demasiado lleno”, histórica y geográficamente, Medio Oriente. Son casos particulares, únicos, porque su identidad no es el resultado

de una voluntad nacional, sino de un *rechazo* inicial de identidad nacional.

Los hebreos —o más exactamente una parte de ellos— han elegido la soberanía política a causa del rechazo de Europa a permitirles su asimilación individual. Incluso en Italia, donde la integración parece completa, la emancipación de los judíos se remonta sólo a noventa años atrás.

Por su parte, los palestinos han rechazado durante mucho tiempo una identidad nacional separada, considerándose —y siendo hasta ahora considerados— parte integrante de Siria. Su identidad es el resultado de su oposición al sionismo que, paradójicamente, los ha transformado en “sionistas árabes” con todos los complejos y las tensiones que ello implica no sólo hacia Israel, sino también hacia el resto del mundo árabe. En los dos casos, el conflicto tiene un carácter constitutivo que teme la normalización y que da al terrorismo, de ambos lados, sus aberrantes justificaciones.

Además, Israel y Palestina son entidades nacionales fuertemente condicionadas por sus diásporas, que han adoptado un sistema de gobierno de importación, la democracia, que se opone al sistema de gobierno hebreo e islámico, la teocracia. Sus disputas simbolizan —a menudo de manera grotesca— los grandes conflictos del pasado y del presente: tradición contra modernización, colonización y descolonización, sectarismo y pluralismo, Occidente y Oriente, lucha ideológica y lucha entre civilizaciones.

Y podría alargar la lista. Es suficiente, yo creo, para explicar, a la vez, el desmesurado interés suscitado por el conflicto palestino y el fracaso de los Acuerdos de Oslo.

Como en Maastricht, pero con diferencias en el tiempo, este acuerdo ha sido realizado por hombres políticos y burócratas valientes y realistas, sin la consulta previa ni la suficiente preparación psicológica de sus pueblos e, incluso, sin el apoyo de una mayoría parlamentaria hebrea en el caso de Rabin y palestina en el caso de Arafat.

¿El sueño de la paz en el Medio Oriente es menos realizable que el de la paz en Europa? Ciertamente no. Este conflicto, cuya duración coincide con este siglo, no ha provocado —después de todo— los estragos, las brutalidades, las violencias de las que Europa ha sido responsable en la Primera y la Segunda Guerra mundiales y en la guerra fría.

Pero la realización del sueño de la paz en el Medio Oriente exige por lo menos tres cosas: la voluntad de paz de las tres poten-

cias, el establecimiento de instituciones favorables a esta paz y una política de cultura agresiva para hacer frente a las resistencias a la normalización.

Por lo que respecta a la política de las potencias, continúa dictada por los viejos principios de equilibrio de poder. El Medio Oriente es hoy una región de competencia entre los Estados Unidos, Rusia y Europa. No hay unidad de criterios entre los Estados europeos, ni sobre la cuestión palestina, ni sobre la libanesa, ni sobre Chipre, ni sobre el terrorismo, ni sobre el desmantelamiento de las armas no convencionales. A pesar de las declaraciones de cooperación como las de Barcelona (1995), no existe una política europea común del Mediterráneo. El rechazo a admitir a Turquía en la Comunidad es una prueba de ello. Las relaciones entre países europeos y países mediterráneos continúan siendo, como en el pasado, esencialmente bilaterales y competitivas incluso en el marco de la cooperación europea respecto de la Autoridad Palestina.

Esto no significa que Europa no tenga posibilidades de contribuir de manera constructiva a la solución de la crisis palestina. Una de estas posibilidades está relacionada con su propia experiencia en el tratamiento, el *management*, de situaciones políticas particulares, únicas. Es la experiencia de la neutralidad.

Ésta fue aplicada con éxito en Suiza a partir de 1515, para controlar un peligroso mercado de soldados en el centro de Europa. Fue aplicada en Suecia, tras la batalla de Poltava en 1704, para atajar la conquistadora vitalidad de una aristocracia nórdica. Fue utilizada después de la Segunda Guerra mundial, para llegar a un acuerdo entre los dos imperios de ocupación en Europa respecto de un país bisagra como Austria.

La idea de la neutralidad ya no es válida hoy por muchas razones. Una de estas razones es la imposibilidad por parte de todos los Estados modernos de garantizar la defensa de su estatuto de neutralidad. Sin embargo, en la idea de neutralidad hay principios muy interesantes para el Medio Oriente: el de la voluntad de la no injerencia y el de la subsidiaridad administrativa en la soberanía.

La primera condición para la solución del problema medio-oriental es la consolidación de la confianza recíproca. Esta confianza no puede ser sólo producto de negociaciones y de acuerdos diplomáticos. Se debe nutrir con actos concretos como la aceptación formal del principio de la no injerencia, incluso sin reciprocidad inmediata.

La no injerencia entre países que están todavía en estado de guerra puede empezar solamente con la aceptación de la autogestión. Es el principio que se encuentra también en la base de la neutralidad.

Asistimos, a menudo inconscientemente, a la proliferación de este principio en las relaciones internacionales. No existe, efectivamente, la posibilidad de salvaguardar el ambiente sin un sistema de autogestión institucionalizado y reconocido a nivel internacional. No existe posibilidad de compartir pacíficamente las riquezas de la Antártida sin autogestión institucionalizada y mundialmente reconocida. No le habría sido posible a una mujer, utilizando su cocina como cuartel general e Internet como batallones, ganar su batalla para la prohibición de las minas antipersonales y, a la vez, el Premio Nobel, sin la creciente disponibilidad de los gobiernos para aceptar un sistema de autogestión institucionalizada y mundialmente reconocida. No habría sido posible a 23 Estados industriales firmar, el pasado noviembre en Frankfurt, una convención contra la corrupción en los contratos internacionales, sin la aceptación del principio de la autogestión institucionalizada y mundialmente reconocida.

Mi convicción —y la del Instituto que yo tengo el honor de dirigir en la Universidad de Lugano— es la de la necesidad de extender este principio de autogestión al conflicto árabe-israelí. Un principio que no pide tergiversaciones unilaterales a la seguridad o a los derechos históricos recíprocos. Reclama, para empezar, la autogestión institucionalizada y mundialmente reconocida en el uso de la propaganda, en la guerra psicológica, en la aplicación de los derechos humanos, en el reconocimiento de las violaciones a la dignidad del adversario —violaciones cometidas intencionadamente o no— durante un siglo de guerra.

En este campo hay, además, un elemento de alivio, es decir, la nueva tendencia de los gobiernos a pedir disculpas. Es un avance que ciertamente cubre mucha hipocresía. Voltaire decía que la hipocresía es el precio que el vicio debe a la virtud.

Pero habría sido impensable para un Estado, hace medio siglo, disculparse ante otro Estado como lo ha hecho recientemente la reina de Inglaterra con la India, Alemania con Polonia y la República Checa, Italia con Etiopía, etc. Las disculpas no son un pedido de perdón. Pero son la prueba de que el principio *right or wrong my country* no tiene ya la popularidad ni el apoyo de antaño.

Por lo que se refiere a las subvenciones, los mecanismos desarrollados en Europa para la distribución del poder pueden servir de modelo a los países que son mosaicos de minorías étnicas y religiosas, y en particular para Israel y Palestina, entidades obligadas por el destino a coexistir o a destruirse.

Apoyar la creación de instituciones de autogestión reconocidas a nivel internacional en el Medio Oriente podría ser un campo en el que una política común de Europa sería bienvenida y ofrecería una ocasión para corregir los nefastos resultados de la política de potencia en el Levante y de la barbarie en el tratamiento infligido a los hebreos.

¿Se puede proyectar, en esta perspectiva, un papel puntual para una política de la cultura? Según mi opinión, más que un papel se trata de un deber —histórico y moral. Si la idea de Umberto Campagnolo de colocar la política de la cultura “en el espacio ideal y real que existe entre dos momentos históricos — presente y futuro— y en la conciencia de querer contribuir a la creación del último” no es retórica, he aquí una noble tarea para nuestra Sociedad.

Ayudar al desarrollo de una mentalidad de autogestión en el Medio Oriente significa ayudar al desarrollo de alternativas de paz que no sean las de la guerra.

No se trata de injerencia. Se trata de reforzar algo que existe en la conciencia de los pueblos: la voluntad de autogobernarse. Una voluntad que se llama en árabe *yihad* (guerra santa) y en hebreo *guevurá* (heroísmo).

*Traducción del francés de Luisa Ibáñez Pelechá*